

Con referencia á la misma, cuando entra en dudas acerca de la constancia de su seductor.

Tal la paloma que del arca pía
Al aire fué lanzada sin defensa,
Sus ténues alas trémula tendia,
Sobre las aguas con pavor suspensa;
Que ni señal para servir de guía,
Ni un breve apoyo en la extension inmensa;
Tal de la jóven el discurso incierto
Gira sin norte en piélago sin puerto.

Al mismo Alfredo.

Tal fué dotado en gracias y heroísmo,
Tribuno popular ó jefe egregio,
Alcibiades; y vário y siempre el mismo,
Sobresalir su innato privilegio;
Que en Atenas, modelo de aticismo,
Su fausto en Persia rivaliza el regio,
Y en Esparta excedió su parsimonia
Á la frugalidad lacedemonia.

Á Almedora, acercándosele Esvero.

Tales, cuando con lúgubres querellas
El caledonio bardo, en voz potente,
Nocturno hendia un cielo sin estrellas,
Al bronco són del mugidor torrente,
Las que lloró Morven vírgenes bellas
Se aparecian á su clara mente,
En forma esbelta y en aéreo traje,
Vagas á par del frívolo celaje.

CUADROS BREVES.

Véase esta pintura de la mariposa y del caballo, que no ha habido poeta que no los pintase; por lo mismo podrá notarse mejor el modo particular del nuestro.

Ledo insectillo, libre como leve,
Goza y compite del Abril las galas,

Hay, en resúmen, infinito que alabar en las partes de un todo criticable; mucha belleza exterior, con organizacion defectuosa.

En vista de las pruebas que el autor tiene dadas de ciencia y criterio, no pudieron ocultársele los inconvenientes de su plan respecto á la accion, y los estimó, sin duda, de ménos importancia que las ventajas de la mucha variedad, lograda á costa de aquel interes; á nosotros nos ha parecido que fué pagarlas más caro de lo que debiera. Ojalá pudiéramos decir (pues tan altas dotes nos merecen la mayor estimacion) que el *Esvero y Almedora* de DON JUAN MAURY es un poema sin tacha. Mas ya que tanto no nos permita el amor de la verdad, nos complacemos en reconocer que si su obra francesa le granjeó del otro lado del Pirineo la reputacion de buen versificador y consumado prosista, en la española apenas hay página en que los lectores imparciales no se vean forzados á exclamar cuando ménos una vez: ¡MAURY es un gran poeta!

Ya néctares y aljófares se lleve,
Ya al sol extienda el iris de sus alas.
En pos del oro suyo, ópalo y nieve,
Persiguiéndole van lindas zagalas,
Á quienes él, con táctica festiva,
Hace que aguarda y burlador esquivo.

El caballo es el que llevaba el Cid en la batalla, que, segun parece, venció despues de muerto.

Engañado el bridon, del noble peso
Se ensoberbece, las narices hincha,
El pecho ensancha, y como quiera opreso,
Pugna el resuello por romper la cincha;
Blanquea el aire el salpicar espeso
De espuma, que feroz bufa y relincha,
Sentando el casco con tan regio brío,
Que parece decir: «El suelo es mío.»

Concluyamos con un par de cuadritos preciosos de otro género; pertenecen á un lugar peregrino, á un Eliseo especial, ideado para los amantes que fueron infelices.

En grata paz figúrome que veo
Fedra, olvidada del garzon esquivo,
Y de Ariadne y del fatal Teseo,
Sentada al pié del ateniense olivo.
Con halago tal vez vago deseo
Le representa un carro fugitivo,
Ó entre la sombra de enramada selva
Gustosa aguarda á un cazador que vuelva.

Safo en férvido amor, en estro ardiente
Encendida, la cítara dispone;
Su queja abrasa el sideral ambiente,
Ó adula en tiernos himnos á Dione.
Manda la diosa que la tersa frente
Faón con mirto y lauro la corone,
Y eche los brazos al flexible talle,
Y con su boca á la quejosa acalle.

VISION APOLOGÉTICA.

CARTA DE D. JUAN MARÍA MAURY AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO (1).

Mi estimado compañero y amigo: íbase me olvidando otra vez haber escrito cierto poema castellano, cuando un accidente, remoto, á primera vista, de deber producir los recuerdos y demas efectos que diré, ha sido, como quiera, ocasion de invadirme la mente, de golpe y á modo de avenida, gran parte de las especies que me ocuparon mientras lo estaba componiendo.

Suelo concurrir en casa de un excelente sujeto, español transatlántico, frenólogo sin segundo, tan imbuido en su sistema favorito, que, siendo por otra parte el desprendimiento una de sus muchas prendas, si por ventura hubiese divisado el bulto de la *adquerencia* en la cabeza de un criado suyo, no dudo que, á trueque de que las señas no fallasen, celebraria de véras ser robado por él. Acaso habrá V. alcanzado á conocer en esa capital al estatuario malagueño Chaes, amigo de Goya, hombre de luces naturales nada comunes y de singular agudeza, el cual acostumbraba á defender la proposicion de que en el *Quijote* se encerraba la ciencia toda. Se sabe cómo lo mismo encontraba en el libro del profeta su segundo califa Omar, y de qué modo lo dió á entender á expensas de la biblioteca de Alejandría; pues poco le falta á este mi amigo para atribuir á la obra de su doctor tudesco igual extension de doctrina y utilidad. Así que, en su concepto se extiende el influjo de ella latamente á la literatura, y con especialidad á las obras de ingenio y fantasía, «por cuanto, segun lo explica, manifestando poderse hermanar en un mismo sujeto cualidades que ántes se tenían por incompatibles, ha abierto campo á combinaciones de caracteres nuevos, particularmente interesantes por su extraña y contrastada individualidad.» En fin, dias pasados se adelantó á pretender que en las obras de Walter Scott, Byron, Bulwer, Hugo, Dumas, Sand, Balzac, Sue y Manzoni, se hacian palpables los indicios de haber bebido sus autores en aquella fuente de luz creadora.»

Sin ser yo de los mofadores de Gall, ni haberlo sido nunca, ántes muy partidario suyo, ya tanto como eso lo resistí; sentando, al contrario, como opinion más probable, que los más de los escritores indicados no hayan siquiera abierto un libro de frenología. Que ahí están, sin deberle nada á la tal ciencia novísima, y sin quedarles en zaga á las imaginaciones modernas, las del género de que se trata, alabadas siglos hace, en un Cervántes y un Shakspeare, sin contar el Aquiles del padre Homero.

A estas razones contestó resuelto el tenaz mantenedor: «Que si pudieron tan altos ingenios acertar hasta cierto punto con semejantes verdades, lo hubieran

hecho todavía mejor, á conocerlas fija y cumplidamente. Y asestando á su contrincante un argumento *ad hominem*, falló que otra cosa sería el *Esvero y Almedora*, si el poeta, ántes de idear los caracteres, hubiese estudiado con toda detencion aquel fecundo cuanto luminoso sistema.» No fué mal tapaboca, si bien se encontró entre los circunstancias un alma indulgente y caritativa, que poniendo en alto punto el carácter principal del poema citado, pretendió que cabalmente militaban en su formacion las condiciones de variedad y contrastes que la actual discusion encarecia con tanto aprecio. Vuelto al tema principal, y esforzado por algun otro concurrente el argumento de que, para apoyar las imaginaciones en cuestion, así las modernas como las antiguas, han podido bastar ejemplos, vistos ó sabidos, de señalados contrastes en un mismo sujeto, se sacó á plaza al gran Newton comentando el *Apocalipsis*. «Esto es, decia el que lo citó, haberse acomodado el genio de la exactitud con el más extravagante embolismo que se haya visto en letra de molde; sobre cuyo particular se razonó bastante tiempo.»

Regresado á mi domicilio, me entró la gana de, ántes de recogerme, enterarme algo más de aquella poesía que sacó de su dilatado arrobó el inspirado de Pátmos. Tenia á la mano la robusta Biblia inglesa de Brown; me golfé en los folios denodadamente.

Habiendo cumplido mi deseo hasta donde pudo consentirlo el mareo que me tomó al cabo de un rato, cerré el libro, y entre dormido y beodo, me metí en la cama con la buena moza del capítulo XVII, asistiéndonos los veinticuatro ancianos, y mirándonos los cuatro brutos con sus ojos delanteros y traseros.

Siguió deslumbrando á los cerrados míos el resplandor que acababan de leer, arrojado por inmensa copia de ciriales, lámparas y estrellas, como quiera antorchas dignas del cuadro que iluminaban; pero se moderó poco á poco tanta luz para alumbrar adecuada y apaciblemente la escena ó vision principal que me he propuesto trasladar lo mejor que pueda.

Sucedió vibrar de nuevo aquella cuerda que fué menada accidentalmente en la discusion fisiológico-literaria referida. Sonó en mi mente *Esvero y Almedora*, pero ¡con qué vigor! Usted lo irá viendo. Mientras tanto, habiéndose atravesado (como acontece de ordinario cuando se sueña) otras especies é imágenes más ó ménos confusas, llegaba á la sazón á campear limpia y de bulto una, particularmente relacionada con semejante sueño de sueños. Era la grande escalera de Jacob, la cual se enderezaba sobre el mar de vidrio con sus ángeles propios, que subian y bajaban, guarneciendo ademas los dos lados los cuatro apocalípticos portadores de los cuatro vientos. Fué sin duda lo que hubo de original la formacion de retablos y grupos en el diseño del nuevo cuadro, especie de representacion figurativa de mi obra,

(1) Nos parece oportuno publicar, despues del *Andáisis de Esvero y Almedora*, esta curiosa carta, inédita, de MAURY relativa á su poema, en la cual resaltan las doctrinas criticas y la prosa animada é ingeniosa de este insigne escritor. (Nota del Colector.)

donde vinieron á parar y resumirse las visiones antecedentes. Había pugnado por encimarse y lucirse en la altura donde alcanzaba la escalera santa (sacrilega pretensión) la señora linda del capítulo XVII; pero así que asomó, la ahuyentaron los cuatro vientos; si bien huyó llevándose la escalera.

Hé aquí, pues, que en su lugar me apareció mi predilecta silfida sobre la cúspide de una pirámide viviente, compuesta de los actores que se movieron por su impulso, ó existían bajo su dominio, y han podido llamarse su séquito épico.

Sobrepuesto, al modo de Almedora, al gremio de sus secuaces, ostentábase el bizarro paladin, ocupando alta silla en el mismo primer término, pero algo más abajo que el asiento de la sublime hermosa, como si fuesen, él un Coburgo, y ella su consorte reina.

Algo atras y con representación inferior, pero sin faltarle comitiva poética, alzaba el galán príncipe francés la despejada frente. En fin, autorizada por sí misma, y en esfera singular, quedaba la adorada altiva, objeto de la acción, á manera de idolo de oro, recatado á lo interior del templo.

Cuyas cuatro secciones constitutivas, así ordenadas, compartían el cuadro compuestas del modo siguiente: en el gran concurso por la silfida dominado despuntaba, bastante cerca de ella, su íntima secretaria y servidora, la malagueña Eldiza, y ya á cierta distancia, Kora, la narradora americana, á par de Brigitte, la sensible cantora de allende al Reno. Centro de un sistema, al mismo tiempo que planeta de aquel sol, Eldiz traía consigo y en su dependencia propia á su hermano el poeta Aben-Amar, dando éste la mano á la esclava Havelva; y seguía asimismo otro no menos suyo, el atolondrado Leori, el cual llevaba á los desarreglados Pablo y Serafina como sus particulares satélites.

Asistió algún tiempo allí el joven Bazan, manifestando así su eventual dependencia de Almedora, si bien perteneciese en propiedad al dominio de Esvero.

Ocupaban los trámites inferiores figuras menos distintas, que parecían representar, ya los actores subalternos del canto 4.º, custodios y defensores de las fronteras helbrides; ya las ninfas conocidas poco más que por sus nombres, Arsile y Lice, Georgia y Aricia, Ilde, Tirse, y Almé, y Crato, y Clia.

En fin, al pié de la pirámide y sirviéndole de basa, estaban los gozosos moradores de otra Arcadia, señalados en el canto 8.º; y de éste y del 10.º canto, los grupos aéreos, coros y comparsas, aquí esparciéndose, allí agolpándose en leves indeterminados bosquejos.

En la sección del Héroe pertenecían y les fueron dados los primeros puestos á Bazan y al paje Leon, y después al infante Lope Estúñiga; mereciendo más abajo lugar visible el senescal de la justa, y de entre los justadores castellanos, el festivo narrador Aller. También del bando opuesto se agregó á la dependencia de Esvero, por la bella lanzada que de él obtuvo, el buen germano Rojaflor, seguido del paje de D. Fadrique y de Lucía la fácil lugareña; áun asomó allí cierto enamorado maduro, que también á Esvero le debió algo; esto es, el abrazo de un potente oso; y agregábanse, mal su grado, los castigados facinerosos del canto 11.º

Al gremio de los dependientes inmediatos de la acción de su jefe, añadieron Bazan y Estúñiga, como dependencia peculiar de que le debían homenaje, no pequeño número de gentes con quien habían tenido relación directa; entre ellos el sabio rústico Jerónimo Valero, con alguno más de su familia; el vanidoso inglés

Proud, el incasto lacayo Cártamo y el embajador moro Adelbar; asistían á éste, por complemento y remate, el renegado Leyppo-Audalla, y la cristiana ventera Maruja con su falso Lucifer, el guapo Diego.

Ostentaba en su esfera el príncipe francés á su preciosa conquista la dulce Idema, acompañada de la supersticiosa nodriza, conquistada primero. Venían después dos no menos desgraciados por culpa de él: los amantes Huberto y Celamita, á quienes seguía Hermigio Vasi-der-Halde, el enriquecido necio. Concurrían al complemento del grupo el jefe de los monederos falsos, con su rezadora sirviente; y de entre la servidumbre de Idema y de Alfredo, el presumido Fleuri, Pierre, el muerto-vivo, y la maliciosa joven del cuento de *Pérrico entre ellas*.

No se divisaba más personalidad que la del desmañado cortesano del canto 12.º en la esfera especial de Rosalinda, centro empero virtual del cuadro todo, como origen de la generalidad de los actos, significados por los numerosos personajes allí vistos simultáneamente.

Llenaban todos el deseo de Ariosto canto 19 de que... *Come il viso si mostrase il core*. Sin más que mirarlos, se reconocía la índole de cada uno, y el papel que hubieron de representar, si cumplió con su obligación el que los hizo hablar y moverse.

De Almedora han dicho ser «un tipo de idealismo y amor; una encarnación de los más abstractos sentimientos de ternura (1); personaje maravilloso, obrando repetidos portentos, efectos de las condiciones mismas de su existencia; carácter no menos interesante que extraordinario, de donde se desenvuelven los extremos de la pasión en un alma de mujer (2); individualidad peregrina, heroína que no puede confundirse con ninguna otra por la naturaleza mixta de su índole; combinación de lo heroico, ó, por decirlo mejor, de lo poético ideal con la verdad de la condición femenil; por donde han podido bajar sus afectos hasta los confines de la mujer de llana esfera, y subir y rayar más alto que los de ninguna otra lastimosa amante inmortalizada por la poesía; creación de gran valentía y novedad» (3).

A Esvero se le ha calificado de «un Amadis de Gaula, sin su puerilidad y exageración, caballero galante y enamorado, que anda corriendo deshechas aventuras, pronto á todo, dispuesto á todo, con tal de dar lustre al nombre de su dama, y altura á su reputación de valiente paladin (4); que juntó con algo del brío y poder de los héroes homéricos, costesania, elegancia y galas caballerescas; audaz, al sumo, y arrebatado en los choques, dulcísimo en los afectos» (5). Tales se mostraban los dos. Parando la atención en otros personajes más, se podía notar desde luego al príncipe francés, francés legítimo y príncipe verdadero: endiosado egoísta, tan frívolo como valiente; que de los infortunios de su menino lo que más pondera es lo que á él le han dado que sentir; á quien siempre se le ocurre hablar de *poder, autoridad, dominio, leyes del gobierno, palacio de sus padres, hombres de su esfera*, y con una estocada de muerte en el cuerpo todavía dice: *El hombre como yo*. Y esa catástrofe sangrienta la ha provocado por pura vanidad, y del codiciado favor le bastaban las apariencias. Con la mucha cortesania y noble lealtad para con

(1) *El Iris*, núm. 13, año 1841.

(2) *Correo nacional*, 20 Mayo 1841.

(3) *El Pensamiento*, 31 Agosto 1841.

(4) *El Iris*.

(5) *Correo nacional*.

su sexo juntando gran iniquidad respecto al otro; improbo seductor en suma; incapaz de amor, y entonces tan desventurado como lo es el ángel caído, según la amantísima Teresa.

¡Qué distinto se muestra, allá entre los de Almedora, aquel tan perdido por ella, el árabe Aben-Ismaél; amante árabe de cierto, ardiendo por la belleza material; atroz en sus rebatos y venganzas, es corte espantoso el de su alfange, fuego de la zona tórrida el de sus venas.

Pudírase advertir asimismo el contraste y suma diferencia en el modo de sentir de dos amantes hermosuras: la altiva Rosalinda y la dulce Idema. Aquélla, por un resentimiento de su orgullo, expone á una muerte violenta á su amador; ésta, vendida en su amor, agraviada sin rebozo, no le pesa, sin embargo, haber cedido, y sigue adorando á su seductor inclemente. Por otra parte, ingénua como Idema sencilla y dócil, la semialemana Celamita no ama de la misma manera. Parecido á la amistad, su amor no es una pasión: le superó el deber, y en sus extremos de dolor por la muerte del que la amaba, no siente tanto á una amante como lamenta á un infeliz. En Idema todo es amor instintivo, pasión ciega, abnegación absoluta, culto hácia el objeto amado; para ella amar á Alfredo es el fin á que nació.

Miéntras, hemos dejado en el gran círculo de la silfida á una que no dió cabida á ninguno de esos amores: «la donosa confidente Eldiza, papel nuevo, joven afectuosa cuanto agraciada y advertida, que no alienta ni vive sino para su señora adorada; jamas trabaja por su propia cuenta; todo el blanco de sus afanes es Almedora; á nadie quiere, á nadie ve, nada le puede sino su ama; ésta es un sér que arroba todo el suyo, una luz que absorbe toda su existencia» (1).

El dependiente inmediato de Esvero, el doncel Leon, si bien ya brillantemente denodado, parece no haber llegado todavía á la adolescencia, y no ha entrado en las vías del paje de don Fadrique, ó del *Cherubin* de la condesa de Almaviva, enamorado de todas. Su efervescencia se desfoga en juegos, suertes y travesuras, revolviendo, alborotando y animando el retiro de su padrino augusto. Había Estúñiga reunido en la misma tanda los oradores opuestos y enemigos, Orduño y Aloz; el prócer republicano y el plebeyo realista, los cuales dieron á entender que los sistemas revolucionarios, á quienes cuadran es á aquellos que en derribando se hallan abocados á encimarse subiendo sobre las ruinas.

Acertaban también á encontrarse en la misma sección dependiente de Esvero, traídos el primero por Estúñiga, y el segundo por Bazan, dos caracteres tan contrapuestos como lo son la personificación de una perversidad innata y sistemática, y la de natural y práctica sabiduría bondadosa; el malvado Jovencia y el antes mencionado Jerónimo Valero. Aproximados allí igualmente, mirábase uno á otro dos altos personajes en quienes probó la fortuna sus revueltas: el rey Lusitan de Armenia y el condestable D. Alvaro de Luna. Daba muestras en su semblante el rey caído del anhelo por volver á mandar que había manifestado en el canto 9.º; y el Condestable, cuyo reintegro se anuncia hácia el fin del poema, parecía vituperar el empeño del monarca, olvidando sus propias gestiones é intrigas del canto 2.º

Como si fuese un asiento de tendido para ver torear á Montes, ó años pasados, una silla á la mesa del señor

(1) *El Pensamiento*.

Comisario de la Santa Cruzada, andaba á la redonda mucha gente afanada por tener lugar en esta escena. Bastaba haberle tenido en el poema, chico ó grande, rezado ó cantado, y áun soñado, con tal de que acompañasen señales suficientes para individualizar al sujeto. Supongo vendría el rey Arturo seguido del burlon Laugher; la inconsolable viuda de Ulrico el cruzado; el bizarro paladin Marco-Antonio, tronchador del crocodilo; Melibeo con su Aglaura; el Cid difunto á caballo oseando á Abu-Beker el galancito Pero-Fonclara; el padre de Almedora y el de Esvero; Juan Belloto con su bien contentadiza mujer; los dos niños con quienes hizo camarada el de Venus; el fiero egipcio Abul-Amét y sus víctimas; Colon, Cortés y Pizarro, y áun Napoleon con Josefina, los dos Mahometos I y II, el primero y el segundo César y Rómulo, Junio Bruto, Constantino y Tito, Pedro I de Rusia, el Segundo Filipo de España y Elisabet de Inglaterra. Unos se apadrinaban con Rojaflor, otros con Aller, otros con Brigitte. Éstos acudían al rey Leon, estotros á Estúñiga, á Esvero esotros; los abuelos de Jerónimo á su nieto. Los niños venían preguntando por Juan de Mena. El emperador de Trebisonda andaba en busca de una cantinera, como de persona obligada á favorecerle. Gran sagacidad manifiesta siempre el que pretende, en hallar relaciones para echar empeños. Digalo el *Litigante* de los de Racine, y aquella razón que invocó para ser atendido por su juez: *Monsieur, je suis batará de votre apothicaire*. Entre los arriban nombrados pretendientes, algunos se conceptuaban con derecho para requerir el apoyo directo del poeta; y por mí, entrarán todos con otros más que he omitido y acaso entrarían, pero no lo puedo cerciorar, ni pude entonces advertirlo, por cuanto vino á darme en qué entender, por mi propia cuenta, una de las revoluciones de moda, que todo lo cambian en un abrir y cerrar de ojos. Trastornóse súbito el gustoso estado en que me tuvo embebecido la relatada manifestación de naturalezas y figuras ideadas por mí, tan gustoso, que no se goza con más placidez el hombre dormido ó la mujer dormida, que habiendo acertado á darle á su estómago la porción cabal de alimento que le cumpla, permanece largo tiempo en la dulce ilusión de soñar que vuela por esos aires. Ignoro por qué trama enemiga, ó sugestión diabólica, volviéndose la criatura contra el Criador, como allá en el tiempo de la rebelión del arcángel y de los suyos, se me amotinaron de repente en gran tropel mis personajes, precipitándose como para echarse encima.

La primera vez que vi la fantasmagoría del que se llamaba el físico Róbertson, lo que me hizo mayor impresión, y según lo visto, más duradera, fueron unas caras encendidas, que de un léjos aparente, negro como boca de lobo, se abalanzaban hácia uno con la rapidez del rayo, como si le fueran á devorar, tostado á vuelo.

Éstas, por fin, acometían frente á frente. Un ataque en dirección opuesta, y notable también, suele representarse en el primer teatro de esta capital. Entre las asinetadas comedias del autor de *Tartuffe*, que tan sin razón le perjudicaron en el juicio del de *L'Art poétique* (como si semejantes juguetes, áun cuando fuesen tan chabacanos cuanto aquéllos son divertidos, pudiesen ser parte á quitarle á un autor el lauro merecido por obras maestras). Iba diciendo que entre las *petites pièces* de Molière suele echarse el *Pourceaugnac*; y el pobre protagonista consigue á duras penas huir el cimiento á un ejército de practicantes, armados todos del cilindro cóncavo que remata en punta.

Hay ocasiones, en que todo, como dicen, se convierte en substancia; dispuesta la máquina de cierto modo, basta cualquiera remota analogía para despertar recuerdos, que acomodamos perfectamente con el objeto que nos ocupa. Así se renovaron en mi ánimo dormido las imágenes que acabo de indicar, é hicieron fusión con el pronunciamiento inesperadamente movido contra mí. Y como si no bastasen para revestirle de angustia y terror, tuvimos todavía peor, por coleta y añadidura: agregósele nada menos que la escena de nuestro celeberrimo sobre todos los héroes dramáticos, don Juan Tenorio, cuando (no me acuerdo si en ópera, comedia, ó baile) cae de piés en el infierno. Siempre me dió lástima ver cómo se estrellaban con el pobre condenado, no los demonios, cuyo oficio es atormentar, pero otros humanos, conocidos suyos; pidiéndole cuenta, quién de la vida, quién de la honra que le quitó, como si se la pudiera volver. Con que, figúrese usted, amigo mío, cuánto más de véras debí dolerme del paciente actual, cuando resultaba ser yo; demas de tener mis agresores caras de fuego y manos armadas del instrumento que dije. «¿Cosa pudo bastar á tal cruz?» exclamaria Garcilaso al ver á un autor tratado así por los suyos: la cosa fué hallarse descontentos y agravados del modo con que los traté.

El que más levantaba el grito con su articulacion gutural, era Aben-Ismael, bramando de cólera porque á un hijo del desierto lo hubiese reducido al papel de *chichisbeo-patito* italiano; y con la sangre que en sus venas hervía, y conocimiento innato de lo que formas valen, obligándole á echarse á platónico y dar la vuelta al mundo en pos de rastros y reflejos. Bazan, sin meter tanto ruido, bufaba, como quiera, por haber, según decía, pasado plaza de bobaliton; crédulo en demasía y no ménos fácil que veleidoso, tomando y dejando amores al antojo del señor poeta.

Á Esvero salimos con que se le habia sentado en el estómago el desmayo que le tomó en el canto 4.º, por cuanto se desmaya Almedora en el 11.º y tambien en el 12.º; donde se desmayó Rosalinda un poco ántes, y ántes Celamita en el 8.º, sin contar la congoja de la ventera Maruja. Decía que bastaban y sobraban esos desmayos femeniles, y no á un hombre de pelo en pecho asemejarlo á las hembras, porque le acomodó al autor hacer noche con su héroe, y para pretextar una causa suficiente, no le dió lugar en la venta á que se comiese si quiera un par de huevos.

Paso en silencio un sinnúmero de quejas subalternas, como, por ejemplo, la de Serafina, furiosa de que se hubiese menoscabado su limpia fama; y luego á las de mi Almedora, la cual, sosegado el tumulto, supo exponerlas con el modo propio de su crianza y comedimiento.

Quejábame la hermosa de que no la hubiese dado más persuasiva, ni consentido gestiones más eficaces para vencer una resistencia que no estuvo en mucho. Que, de todos modos, en mí pendía el logro de su pasión, y que no habia razon ni justicia para ser ella la desdefiada, cuando se la representaba como la más acreedora á ser correspondida. Á ésta ya contesté dando, si no descargos, á lo ménos explicaciones de mi conducta. No haberla suplido modos de seducir más estrechos, confesé haber sido insuficiencia en aquel entónces, y más tarde se hubiera hecho mejor. En cuanto á quedar vencida ella, y triunfante su rival, ella tan apasionada y dulce, la otra tan sosa y espetada, quejárase á los padres Barnabitas de Lescar, en cuyo colegio estudié los principios de moral artística, y tambien á dos grandes ingenios

entre los modernos románticos, que parecen haber estudiado lo mismo.

Crearon á Corina y á Rebeca, oponiéndoles Lucila y Lady Rowena, y estas segundas se vieron galardonadas por los autores, mientras pocos lectores habrá que no simpaticen más con las otras dos.

De haber seguido mi propio impulso, despreciando doctrinas y ejemplos, no te sucediera, Almedora mía, salir desairada del lance aquel, más que despues se lo llevase todo la trampa. Fuera de que, merced á mi larga experiencia, no debia arredrarme el miedo de causar así tu desventura: mientras anduve por el mundo y entre sus moradoras,

De diez que vi felices,
Nueve habian tenido sus deslices.

«Pero ¿quién es ese que se aparece de improviso, adelantándose con paso tan resuelto?» Así me hizo exolamar y cortar la plática con Almedora la llegada de uno que no habia formado parte de ningun grupo, y venia, sin embargo, como autorizado ámplia y completamente. Luégo le reconocí por el arpa y la corona de plumas de pavon que traía á modo de los trovadores provenzales; personaje verdadero, por cuya circunstancia se hicieron algo atras, cediéndole buen espacio del proscenio, los que fueron hechuras de la imaginacion. «Ves, prorumpió Juan de Mena (pues era él), que vengo arreado con los atavíos en que te plugo disfrazarme. Debí aceptarlos para presentarme como una pertenencia de tu obra; pues, por lo demas, la tal arpa, atravesada como bandolera de guardia de Corps, y el sombrero de plumas de pavo real, ni los gasté en mi vida, ni en Castilla se usaron por ningun tiempo. Traigo el ánimo de tener contigo una conversacion larga y tendida, autorizado por el parlamento que me hiciste á la entrada de uno de tus cantos, y en desquite de la parsimonia con que en suma me permitiste usar de la palabra; y verdaderamente, ya que te acordaste de mí, no hubiera debido ser por tan poco negocio. Pero me dejaré de convenciones personales, movido esencialmente por el interés del arte, al cual nunca le pierde la afición el que se la tuvo sincera.

»Mala época elegiste, tocayo y compañero mío, para emprender y producir lo que se llama un poema. Mucho habia andado el mundo desde los días en que la Europa principió á ocuparse de epopeyas con interés y criterio. Al cabo, dejada la dramática poco ménos que única y sola, ha ido dilatando su dominio todo lo posible, y naturalmente con perjuicio ajeno. Ella es la que tiene un público; la épica no: venga donde viniere, no encuentra gentes hechas á sus mañas y enteradas de sus privilegios; y la generalidad de los aficionados á las obras de ingenio, criados, digámoslo así, por el drama, reciben las demas composiciones con impresiones del teatro, y se inclinan á juzgarlas en razon de hábitos que ya para ellos son reglas. Además de esta circunstancia relativa á la naturaleza de la obra que ibas á acometer (que si la hubieses atendido bastaba para que te abstuvieras), resuelto á llevar tu idea á cabo, todavía te era necesario auxiliarte, para el desempeño, del gusto dominante respecto á modo, forma, ideas, afectos, doctrinas, deduciéndolo del carácter general de la literatura contemporánea, primer interés del que escribe. Nunca le estará bien arrojarle atolondradamente, sin contar con simpatías y con que podrá procurar de tiempo en tiempo la satisfaccion que causa á los leyentes el

encontrar lo que tácitamente desean. Pues tambien debió arredrarte esta obligacion imposible de cumplir, en vista de ser tu época la de tan completa anarquía literaria, que ése será el carácter que la distinga en los tiempos venideros. Estabas viendo brotar tantos modos y tantas teóricas, y tentativas tan diversas en cortísimo intervalo, que el elemento invasor no tenia lugar para desterrar al invadido, ni le hubo, según la expresion de uno de tus franceses, para despues de la refriega enterrar á los muertos. Por manera que parecen guerreros que están descansando y volverán á la demanda, ó más bien tienen vida aún y andan juntos los principios sucesivos, asemejándose esta edad á una de aquellas raras familias en que el abuelo asiste á las bodas de sus nietos. Con que has tenido que andar á tientas sin guía ni apoyo, á cuya falta de auxilios forzosa has añadido otra voluntaria.

»Tras de escribir en tierra extraña, te fuiste á encerrar en una quinta, procediendo por tí y ante tí, sin que se te hayan proporcionado útiles y aún indispensables consejos.

»Bien los habrás echado de ménos más tarde, y reconocido tu error en razon de tus muchos yerros, por la crítica señalados. No hablo de la que no ha hecho más que denigrar en globo; me contraigo á la de nuestro tocayo el secretario de vuestra Academia, donde como quiera se trasluce á cada paso el amigo, no sólo por el bien que dice, sino por el mal que ha dejado de decir. Debí, por ejemplo, cargar más la mano en el capítulo de la falta de preparacion, é indicar con especial censura el caso del príncipe frances, que ocupa todo un canto sin que se pueda sospechar á lo que viene. Omitió además, contentándome con una leve insinuacion, los graves cargos que habia que hacer al nudo de la fábula, y que á su ingenioso discernimiento no pudieron ocultarse en toda su latitud.

»Sacada la idea de la novela de Ariodante, está en primer lugar el padecido engaño que constituye aquel nudo, bien léjos de tener en tu poema la verosimilitud que en el de Ariosto. No asistían al falso Altano los mismos fundamentos que á los dos hermanos bretones para creer en apariencias; apariencias tan bien calculadas y dispuestas las unas, cuanto las otras vagas y casuales. ¿No podia haber sido la del lance nocturno una dama ó doncella de Rosalinda? Y dado que no le cupiese duda, ¿convenia el papel de denunciadora á una hermana, á una heroína de epopeya? Mas si, como es posible, duda el lector; si puede sospechar que no habló la acusacion con toda certeza; que más que el celo obraron los celos, ya se agrava el caso desdorosamente, y ha sido haber hecho tu predilecta Almedora el papel del odioso Polineso.

»Item, ¿dirélo sin que te duela demasiado? En un punto esencial y aún constitutivo de tu composicion, en la mezcla de géneros, repugnante á muchos lectores, no entendiste el modo verdadero y ariostizaste al revés. Pasar del tono familiar y festivo al serio y elevado se verifica sin que choque, es dar el autor más de lo prometido; dejarse ir del elevado al familiar es, al contrario, chasquear al lector, dándole ménos. En un sistema la alteracion de tono viene á rer ascenso, y en el otro degradacion, y gusta más á todos subir que bajar.

»En fin, has usado una dicción tan ajustada, que, aunque intachable en cuanto á castizo, no se parece el tuyo al castellano de ninguno de tus predecesores; y en tu empeño manifesto de sacarle el jugo al idioma, dijeron, y se ha dicho, que «no estás contento si cada

verso no es una sentencia, si cada palabra no es un pensamiento, si cada octava no estalla á fuerza de estar rehenchida de ideas, y de ideas expresadas por el camino más corto». Acabé, más bien por no ser cansado que por faltar materia.

«Bien venido», salté yo entónces, cogiendo pronto la palabra ántes que se le antojase volver á coger el látigo, «bien venido, ilustre y docto Mena, serias de cualquiera modo, con esos atavíos ó sin ellos: distintivo que autorizó á los amenos trovadores dónde primero florecieron y descollaron, dítele al darte aquel dictado como cosa competente; y no te empache ni me lo repuebes, que no por eso ha parecido tu figura ménos bien. »Vamos á ver de ir contestando por partes á tu substancioso razonamiento.

»Elegir época, Mena amigo, suele no ser más fácil que escoger patria ó parientes. — ¿Sale usted con este tiempo? (debía de hacerlo malo), le preguntaban á uno con sorpresa; el cual respondió, preguntando á su vez si, por ventura, habia otro. La misma respuesta puedo dar. Si los inconvenientes que has indicado y conocido, no me apartaron de mi proyecto, explicase lo bastante por el fenómeno que apunté en otra parte, y no habrá dejado de verificarse en tí mismo ¡oh poeta! aquello que le pasa al hombre de nuestra especie cuando, dominado exclusivamente por el instinto de animal productor, llegó el caso de no pensar más de en echar afuera lo que hierve en sí; y lo mismo valdria decirle á él que aguarde ocasion más oportuna, como irse con igual recado á una preñada de nueve meses.

»Es cierto que de consultar la época literaria actual, no habia que sacar mucho fruto para auxilio; periodo de transicion, la consideré como una puente, y me quedé más acá; empero, y sin embargo, no se ha caminado á ciegas y sin derrotero; que luz y aún luminarias habrá siempre en los tiempos anteriores para el que escribe poemas.

»Virgilio se guió por Homero; el Tasso por Homero y Virgilio; Voltaire por Homero, Virgilio y el Tasso; Dante y Ariosto por ninguno. Caméens y Milton, con igual independencia, tirando cada uno por su rumbo, sacaron epopeyas tan poco parecidas á las anteriores, como diferentes la una de la otra; á tí te inspiró Dante, y nuestro Ercilla siguió libremente una línea especial, conforme con su índole y profesion. De aquí saqué yo otorgarme á mí mismo permiso para adoptar el sistema y plan que más me conviniese. Item, habia visto á la entonada musa del coturno, que un tiempo no conversó más de con reyes y príncipes, ir descalzándose poco á poco y andar esferas inferiores, tratando toda clase de gentes; pensé que pudiese hacer otro tanto la de la trompa altisonante, y con toda oportunidad bajar de su punto en nuestros días.

»Esa es la índole de mi composicion; una modificacion del género noble, como se ha modificado la nobleza misma; lo que va de la córte de Luis Felipe á la del décimocuarto, ó ya de la etiqueta del Telémaco y las familiaridades del novelero escoces. Y como sea, empero, en Walter-Scott el modo noble el constitutivo, dirémos tambien que al revés ariostizó; sistema que, ya ves, no trae consigo todo el mal que significaste; eso de que guste más subir que bajar es según y conforme; lo contrario le sucede al caminante, cuyo caso semeja con bastante propiedad el ejercicio del leyente.

»Respecto á la accion y al interés cifrado en ella, confesaré que no creí fuesen de tanto momento, ni la gente que lee poemas tan curiosa que le importe sobre-

manera el cómo y cuándo acabarán. Decíame yo, soliloquiando: «En cuantas epopeyas saboreamos, lo que menos nos ocupa es el éxito. ¿Qué se nos da que se tome la asediada Troya (ni se le dió mucho al poeta, que la dejó tomar), ni que sea Enéas, y no Turno, el yerno del rey Latino? ¿Ni aún que se gane á Jerusalen, que se había de perder tan luégo? Pero la despedida de Héctor; pero la visita de Juno á Vénus en solicitud del cinto que inspira amor; pero el dolor de Aquiles por la muerte de su amigo; pero Dido, Armida, Herminia, Camila, Clorinda, Amata, hé aquí quién y quiénes dejan los vivos y gustosos recuerdos del ebalezo que derramó en nuestras almas el poeta. El interés y la atención se estuvieron repartiendo constantemente entre una multitud de accidentes y el asunto principal, sin contar la parte que les cupo á sentencias, cuadros, descripciones y otros accesorios, ropaje propio de estas poesías.

» Resulten de ellos, en buen hora, otras tantas demoras á la marcha de la acción y desvíos del interés; que no fué la musa épica sentenciada á andar sin parar, como Juan Espera-en-Dios, no más vestida que, ántes del pecado, nuestra madre Eva. Ni es tampoco su obligación estar siempre moviendo é interesando, ni le fué mandado ceñirse á los recursos de esa especie: reúne en sí, al contrario, todos los poderes de la poesía; cobra censo de todas sus riquezas; y arreos que afearían á su hermana, la dramática, le sientan á ella perfectamente. En algo, como quiera que no perjudicase á las regalías de la que era mi númen, me propuse adoptar frecuentemente los modos de la otra, hecho cargo de su actual predominio: aludó á la introducción de bastante diálogo y narraciones puestas en boca de los actores diferentes; medio, por otra parte, de variar el estilo y producir más verosimilitud.

» Acercando la observación á tiempos no remotos y al país inmediato de donde han venido y no dejarán de venir los influjos al nuestro, vi, al florecer la poesía, expresar con energía afectos generales, sin mucho arte en los modos ni arreglo en las ideas; siguió la época de esmerarse al sumo la dición, despues vino la de atender principalmente al valor de los conceptos: marcó la primera época Corneille el poderoso trágico; descolló despues el elegantísimo autor de *Fédra* y de *Atalia*; siguió la escuela volteriana de la era enciclopédica.

» Entre nosotros, despues de nuestro siglo de oro, padre de la expresión vaga, estro y desórden (por desgracia demasiado anterior al de los franceses, que se aprovecharon de él bajo mejores influencias), trascurrido el largo espacio que se sabe, tuvimos el esmerado y sabroso decir de la primera publicación de Melendez, y despues el estudio pensador de que sus tomos ulteriores fueron escuela.

» Por último, una intención general puede notarse en la literatura europea del siglo; conviene á saber: el análisis de efectos y caracteres individuales, y su combinación en el mecanismo de la vida social; efecto del mismo impulso que, de la tragedia política, la había hecho descender al drama casero.

Creíme, pues, con esos cuantos datos, razonablemente guiado para idear un sistema de composición que correspondiese á sus resultados presumibles, en una época más ó menos próxima. En cuanto al desempeño, propúseme: primero, individualidades y variedad; despues, sobre todo, esmero en el estilo y en toda la parte artística, con abasto regular de ideas y en toda la parte anterior pude, sobre todo, presumir del gusto actual y venidero, fué total descrédito del oropel y des-

tierra del palabreo vacío, y la abundancia estéril, que con un pensamiento, ó la mitad de uno, alimentarian su par de pliegos. La abeja construye artificiosamente las casitas de su fábrica, y las llena de miel; es el pánal la versificación, y la miel es el concepto. Miétras, he leído también que el estilo sobre la idea era el colorido sobre el bosquejo, el esmalte sobre el diente, y que á los hombres de estilo pertenecía el porvenir. Compruébalo el lauro de Racine que la reacción romántica no ha podido marchitar, y la fama superior, que (á pesar de tanta inferioridad, cuando ya no señoreó su dición) vemos que, por sólo su primer tomito, no ha desamparado á Melendez. Y sabes, docto vate, que del cantor de Enéas y Dido fué la excelencia del decir lo que Augusto alegó para no cumplir el fallo de destrucción decretado contra su obra por el gran poeta. Valiendo tanto en mi estimación el buen decir en substancia y forma, ¿querían ustedes que no procurase sacar del idioma todo el partido que me fuese dado, y, vulgarmente hablando, tender la pierna hasta donde alcanzasen las sábanas? Cuando, practicando, por otra parte, uno tan acompasado, intolerante y estrecho como el francés, donde no hay caminar sino sujeto y encarriladas las ruedas, me hallaba entónces en medio de la anchura, abundancia y franqueza de la hermosa y socorrida lengua castellana, archivo de lindezas, tesoro de originalidad, tan propensa á la osadía y despreciadora de pequeñeces. Dotada de las cualidades más opuestas: aguda, festiva y picaresca, cuanto austera, solemne y majestuosa; que ya se luce pomposamente galana, como bajel empavesado un día de salva real; ya, limpia como el agua, se allana y alisa como las arenas; apta para los modos populares lo mismo que para los primores de la elegancia, para la dejadez voluptuosa como para la estóica rigidez; con sonidos y medios materiales adecuados para todo intento imitativo; áspera, ruda y bronca donde haga al caso, si bien genialmente dulce, fluida y melodiosa por extremo, ofreciendo tantos recursos sacados de su doble origen, y por ejemplo, así como «capitanes, castillos, torres y centinelas», poniendo á nuestra disposición «adalides, alcázares, almenas y atalayas.»

» Que si tiene sus tropiezos y resistencias, para eso está la diligencia del artista; no hay instrumento músico sin dificultades, y que mal tocado suene bien.

» Si me pareció capaz de aquella concisión que es condición primera del vigor y la energía, no ha sido hacerle agravio, ni veo que por haber esforzado igual concepto para con su idioma tan allegado al nuestro, se haya reprobado al trágico Alfieri. Fuera de eso, lo que en el poeta italiano fué modo continuo y característico, no ha podido ser en mí más de accidental, según las ocasiones; y la variedad de que consta mi obra no permitía se durase mucho en el tono enérgico ó sus semejantes. Pero la especie de censura que ponderó mi dición de concisa y llena en los términos que has referido, la hizo demasiado honor, y pudiera creerse un elogio disfrazado con el traje de bien compuestas hipérbolés. Si es que embeba la fatal imputación de oscuridad que ha zumbado en mi oído, contestaré que no dejaré sin duda de tener el poema pasajes donde se requiera alguna atención por parte del leyente; pero me atreveré á afirmar que será casi siempre, como llevo apuntado, en materias de cierto orden, donde la prosa misma del idioma más claro entre los modernos y entre todos los idiomas, como lo es el francés, no se deja entender de prisa y corriendo. No se lee el *Contrato social*, ó las *Cartas pro-*

vinciales, ó algunas de la *Nueva Heloisa*, tan corrientemente como tal ó tal traducción en verso prosaico, ó el romance de Francisco Estéban. Razonamientos, trozos filosóficos que se hallan alguna vez á principios ó á fines de canto; pensamientos de la misma naturaleza, insinuados accidentalmente, han podido ocasionar modos quizá intrincados; pero cuando toda esa parte de la obra adoleciese del defecto en cuestión, es una porción de ella minimísima, si cabe doblar el superlativo, y dándolo de barato pudiera contraer á mi caso el dicho vulgar: «Por un perro que maté me llamaron mata-perros.» En fin, se ha dicho, y con verdad, que es el estilo la fisonomía del escritor; si no se parece mi modo de escribir al de ninguno de mis anteriores en el oficio, tampoco probablemente mi cara, sin ser más extraño lo uno que lo otro.

Componer en el retiro tiene su pro como su contra. El carecer de consejos puede compensarse con la gran libertad de que goza la fantasía, mayor facultad para imaginar, más facilidad para aprender, mayor aptitud para sentir; hallarse uno frente á frente y mano á mano con la naturaleza, proporcionándose tan bellamente pintar al vivo, ver, conocer, vivir con sus personajes ideados, á quienes no hacen sombra los de carne y hueso, siendo el poeta (¡poderoso medio de lograr sus fines!) el primero que experimente las ilusiones que intenta producir.

» Miétras, esto de pedir consejos trae consigo peligros, así como ventajas; pues habrá hermano en el arte que, consultado, censure lo mejor para desanimar, y otros abusarán de la noticia anticipada para de antemano desacreditar la obra.

» Que muy pocos, hermano Mena, se parecen al tocayo nuestro, á cuya crítica magistral y benévola aludiste. Con ése sí que aprovecharán las consultas, y de haberle tenido á mi alcance en tiempo oportuno, saldría yo con más mejoras que las legales de tercio y quinto.

» Ya era tarde para el remedio cuando receté sus *reparos*; pero si Dios, por ser todopoderoso, me proporcionase segunda edición, manifestaría mi agradecimiento en los mejores términos que me ha parecido podía agradecer; esto es, por medio de enmiendas obedientes y conformes. Entendámonos, sin embargo.

» Aunque se haya censurado el plan, no se ha dicho que deje de irse desenvolviendo debidamente, ni el autor de seguirlo con paso seguro hasta su término, ni que se aparte la acción de la sencillez requerida, y que en los últimos cantos no progrese con rapidez. Tampoco se dirá que el contexto general de la obra no corresponde al título, si se atiende á todo lo que en ella hacen ó disponen, dicen ó de ellos se dice, Almedora y Esvero. La gran piedra de choque ha sido la detención de la marcha á los principios por repetidas interrupciones accidentales, distrayendo del asunto fundamental. No volveré á la cuestión de si debe ó no la acción épica estar siempre de camino; sólo diré que el defecto de que adolece sin duda el Esvero en esta parte es achaque, por desgracia, intrínseco é innato, parecido á la pasión de cierta joven enamorada; pasión que, según dijo la letrilla,

«No saldrá del alma,
Sin salir con ella.»

» La cura radical estaría en cercenar la mitad del escrito, proporcionando poco mayor de lo que pudiera suprimirse en las más epopeyas, si se quiere dejarle á la acción camino libre y limpio como para andar sobre las

tablas. Vendríame entónces á salir una obra distinta y distante de lo que me propuse; de eso no trato. Pero los daños nacidos de la falta de preparación, de aclaración y de insinuaciones ó semi-revelaciones oportunas, ésos los tengo remediados, á mi ver, satisfactoriamente. Pues no sólo he procedido de acuerdo con todo lo indicado por la crítica sobre el particular, sino que he ampliado, y no poco, las aplicaciones del sistema, de donde resultan ya cumplidas algunas indicaciones particulares tuyas, y algo más atendida y explicada (si no justificada del todo, que nunca fué mi ánimo) mi apasionada heroína, *adorable aunque yerre*.

» Si llegase á tanto la afición que decías merecerme aún el arte, manifestándose en el deseo de sus aciertos para goce de todos los que lo entienden, ó más bien si fuese tal tu benevolencia, cortesía y desprendimiento, que, á pesar de lo poeta, puedas quietarte á escuchar versos de otro, débete yo ahora este favor inestimable. Pídotte, y á esas señoras y esos señores aquí presentes, un rato de atención para las correcciones que he preparado, las cuales consisten en la introducción de cierto número de octavas, que ojalá ¡oh gran genio! te parezcan pocas por haberlas oído sin cansancio, y bastantes por cuanto conceptúes que llenarán su objeto. Espero asimismo, y te lo ruego con todas véras, que á esa condescendencia añadidas la bondad de darme sobre todo ello tu sincero parecer, y ahora á lo ménos estaré seguro de nuevos errores, asistido de consejero tan superior entre los adecuados y competentes.»

No sé cómo pude encontrar para mi plegaria toda esa facundia por el estilo de antaño. Sea como fuese, sin aguardar la demandada vena ni otra contestación poca ni mucha, me puse á reproducir en voz sonora la serie de enmiendas y adiciones que voy á trasladar, y seguí de un tiron, sin echar de ver, engolfado en mi negocio, lo que entre tanto iba sucediendo (1).

.....
Aquí dió fin la relación de mi trabajo enmendatorio; pero ¿qué había sucedido con mi auditorio miétras lo estuve relatando? Mantuviéronse quietos en sus puestos respectivos, donde habían regresado, los personajes nuevos; pero, apenas oído, barruntando instintivamente la conclusión de lo concerniente á su papel, echaron á andar cada uno por su lado, llevándose á sus satélites los que los tenían; con que, poco á poco se fué despejando la escena. Deteniase todavía cortésmente mi bien criada Almedora, despues de sus cuatro octavas últimas, como despues de los postres acostumbra un convidado atento; pero, al oír en la siguiente el encomio de Rosalinda, pegó un grito desacordado, y dando un puntapié á su pirámide, con que la derribó y deshizo toda, desapareció rápida, como si fuera el mismo vendaval. El compañero Mena, según noticias, se había escurrido ántes del segundo verso de la octava primera. Recordado yo con el grito aquel, se me vino á la memoria el centinela del soneto á quien, de las ilusiones que se había estado fraguando durante su posta, lo que, concluida, le quedó, fué

«Hallarse en cuerpo con la pica al hombro.»

Á mí, tras de tanto golpe de gente, máquina y baranda, me sucedía encontrarme solo, en frente de una

(1) Aquí copia MAURY gran número de enmiendas y adiciones, que no juzgamos oportuno reproducir, no habiendo sido impreso en la BIBLIOTECA el poema *Esvero y Almedora* (Nota del Coleccionador.)